

EL COMPROMISO DEL CRISTIANO EN LA CIUDAD

Nuria Gispert.
Presidenta de Cáritas Española

En las últimas décadas todos los demógrafos y expertos en ciencias sociales vienen insistiendo en la importancia decisiva que el acelerado proceso de urbanización está teniendo en la configuración de las sociedades del nuevo milenio, especialmente en los países en desarrollo y en las economías más deprimidas del planeta.

La eclosión de megaurbes en numerosos países del Sur, cuyo tamaño no ha dejado de multiplicarse desde la década de los 70, representa todo un síntoma de hasta qué punto estas nuevas concentraciones urbanas de millones de seres humanos, en muchos aspectos similar al fenómeno de huida del campo a las ciudades que se experimentó en todas las sociedades del Norte tras la Segunda Guerra Mundial, están configurando sobre la piel del planeta una red cada vez más tupida de nuevos desequilibrios y de nuevos fenómenos de exclusión social.

Y es que, a medida que se ha ido globalizando la escala de intervención del sistema económico y se han ido difundiendo en las distintas regiones del mundo sus esquemas de producción industrial vinculados a los procesos de concentración urbana tan típicos del Norte opulento, también se ha globalizado los desequilibrios sociales de ese modelo, de suerte que aquellos fenómenos de Cuarto Mundo tan características de las grandes urbes del Primer Mundo han terminado por reproducirse, con síntomas autóctonos y acaso más agudos, en las macroubes de muchos de los países del Tercer Mundo.

En resumidas cuentas, si la desruralización experimentada en Occidente a mediados del pasado siglo a rebufo de los grandes procesos de industrialización sentó las bases para los grandes problemas urbanos de exclusión social que todos conocemos, la actual huida en masa de las zonas rurales a los centros urbanos que ahora mismo se está viviendo en un importante número de países del Sur, está provocando que los problemas del Cuarto Mundo urbano se solapen en esas regiones con los acuciantes dramas de pobreza que azotan al Tercer Mundo. Pero, al mismo tiempo y a diferencia de nuestras experiencias de desruralización, ese corrimiento demográfico al que asistimos en los países del Sur no se está produciendo a causa de la puesta en marcha de estrategias planificadas de desarrollo industrial, si no por todo lo contrario: porque el empobrecimiento de las zonas rurales –inducido por

factores como el peso insoportable de la deuda y el azote del cambio climático - es tal que las grandes masas humanas de esos países están agrupándose en ciudades que doblan sus tamaño en pocos años por la sencilla razón de que el método tradicional de vida de la población rural ha dejado de garantizar su supervivencia.

El profundo drama humano que emerge al hilo de este desarraigo en masa protagonizado por generaciones enteras de desheredados hambrientos lo describe de manera muy gráfica el escritor polaco **Ryszard Kapuscinski**, cuando relata su pasada experiencia como corresponsal en varios países de África y señala lo que, a su juicio, constituye el problema más grave de este Continente: “el creado por aquellas personas, por aquellas decenas de millones de personas que han abandonado el campo, llenando unas ciudades ya monstruosamente hinchadas, sin encontrar en ellas ninguna ocupación ni un lugar propio”. Es el desgarrador panorama que ofrece la visión de tantos seres humanos dominados por la miseria y el desarraigo que “no van a ningún lado: no tienen adónde ni para qué, que deambulan, permanecen sentados a la sombra, miran a su alrededor, dormitan... No tienen nada que hacer. Nadie las espera”. Son los últimos. Legiones de últimos iguales a los miles de personas a quienes en nuestras propias ciudades nadie las espera...

La globalización ha universalizado la economía, pero también los fenómenos de pobreza y de desigualdad. Esta realidad es especialmente visible en los entornos urbanos, donde, con las evidentes diferencias de circunstancias de desprotección propias de los entornos económicos en donde están ubicadas esas ciudades, la exclusión utiliza un lenguaje común: el de la negación de los derechos sociales básicos que impide a las víctimas de la precariedad acceder con plenitud a su dignidad humana. No sólo se trata de carencias materiales –alimentación, vestido, salud, educación o vivienda—, si no también de la quiebra de los elementos básicos de relación que dan cuerpo a nuestra naturaleza social y que se traducen en graves problemas de soledad, de abandono, de adicción o de estabilidad emocional y psíquica.

Esta es la especificidad que hace tan compleja la realidad de la pobreza en los entornos humanos, donde el hacinamiento suscita la paradoja del aislamiento, del desconocimiento, de la soledad, mientras que la precariedad material en el entorno rural adquiere otro rostro más humano, porque en ese medio subsisten valores como la vecindad y la solidaridad en su sentido más fraternal y comunitario que tan extraño resulta en el paisaje de los escenarios urbanos más agresivos.

Estas son sólo algunas de las razones por las que, en cierta medida, las ciudades, al igual que representan en esta sociedad postmoderna las vanguardias del proceso de evolución del hombre del siglo XXI, son también los lugares donde se dan cita los mayores desafíos que pesan sobre la realidad social. Una realidad que se debate, por una parte, entre el empuje imparable de los estímulos del consumo y un modelo de bienestar basado en las injusticias, y, por otra, el mandato evangélico de una opción preferencial por los pobres que, para nosotros se traduce en una lucha contra las condiciones de pobreza y desigualdad que afligen a las cuatro quintas partes de la humanidad.

Una ciudad digna del hombre

De ahí que, atendiendo al tema que nos convoca hoy en este foro, sea preciso reflexionar sobre las claves de la interpelación que Juan Pablo II nos lanza a través de la exhortación postsinodal *Ecclesia in Europa*, de cuya publicación se cumple justamente ahora un año, cuando nos invita a “construir una ciudad digna del hombre”.

“La caridad diligente –asegura el Papa-- nos apremia a anticipar el Reino futuro. Por eso mismo colabora en la promoción de los auténticos valores que son la base de una civilización digna del hombre. (...) Animados por estas certezas de fe, esforcémonos en construir una ciudad digna del hombre. Aunque no sea posible establecer en la historia un orden social perfecto, sabemos sin embargo que cada esfuerzo sincero por construir un mundo mejor cuenta con la bendición de Dios, y que cada semilla de justicia y amor plantado en el tiempo presente florece para la eternidad”.

En este documento pontificio se nos recuerda, además, la función inspiradora que tiene la Doctrina Social de la Iglesia en la construcción de una ciudad digna del hombre y en la defensa de una cuestión trascendental como es la calidad moral de la civilización. Con el conjunto de los principios que ofrece, dicha doctrina contribuye a poner bases sólidas para una convivencia en la justicia, la verdad, la libertad y la solidaridad. Orientada a defender y promover la dignidad de la persona, fundamento no sólo de la vida económica y política, sino también de la justicia social y de la paz, se muestra capaz de dar soporte a los pilares maestros de nuestro futuro. En esta misma doctrina se encuentran las bases para “poder defender la estructura moral de la libertad, de manera que se protejan la cultura y la sociedad tanto de la utopía totalitaria de una «justicia sin libertad», como de una «libertad sin verdad», lo que supone un falso concepto de «tolerancia», y precursoras ambas disyuntivas de errores y horrores de todos conocidos para la humanidad”.

Juan Pablo II llama la atención, con notable acierto profético, sobre el creciente fenómeno de la inmigración, uno de los mayores retos a los que se enfrenta hoy nuestra sociedad global y que tan profundas implicaciones tiene en la sostenibilidad de los modelos urbanos del siglo XXI, en la gestación de los grandes movimientos demográficos internos de los países en desarrollo y en los flujos crecientes de personas entre esas regiones y el Norte industrializado.

En este sentido, *Ecclesia in Europa* resalta el valor de la capacidad de la Iglesia para acoger a toda persona, cualquiera que sea su pueblo o nación de pertenencia. Y estimula también a toda la sociedad europea y a sus instituciones a buscar un orden justo y modos de convivencia respetuosos, en un proceso de posible integración.

“Teniendo en cuenta el estado de miseria, de subdesarrollo o también de insuficiente libertad que por desgracia caracteriza aún a diversos países y son algunas de las causas que impulsan a muchos a dejar su propia tierra, es preciso –se señala en la exhortación-- un compromiso valiente por parte de todos para realizar un orden

económico internacional más justo, capaz de promover el auténtico desarrollo de todos los pueblos y de todos los Países.

Ante el fenómeno de la inmigración, se plantea la cuestión de su capacidad para encontrar formas de acogida y hospitalidad inteligentes. Lo exige la visión «universal» del bien común: hace falta ampliar las perspectivas hasta abarcar las exigencias de toda la familia humana. El fenómeno mismo de la globalización reclama apertura y participación, si no quiere ser origen de exclusión y marginación sino más bien de participación solidaria de todos en la producción e intercambio de bienes”.

Juan Pablo II subraya, además, que para la construcción de la ciudad del hombre no es indiferente la imagen de la nueva Jerusalén que baja «del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia ataviada para su esposo» (Ap 21, 2), y que se refiere directamente al misterio de la Iglesia.

Papel de la Iglesia

En un mundo que se está globalizando y urbanizando a la vez, el teólogo británico **Andrew Davey** sugiere que el proceso por el que la Iglesia podría redescubrir su propia catolicidad estriba en descubrir cómo la *praxis* pastoral local es la otra cara de la *praxis* política global. En su opinión, la catolicidad permite a la Iglesia ofrecer un modelo alternativo a las tendencias de la globalización a la homogeneización, a los desequilibrios de poder y a la exclusión. Al mismo tiempo, convendría aprovecharse de algunos aspectos de la globalización para ampliar la capacidad de la Iglesia de ser católica de verdad, particularmente en medio de los flujos transnacionales de la vida urbana contemporánea.

La catolicidad es el atributo dinámico que permite a la Iglesia existir en tensión dentro de lo local y de lo global a la vez. Como ciertos aspectos de la globalización, la catolicidad tiene que ver con la comunicación, no por sí misma, sino en cuanto hace posible que tenga lugar una interacción y una negociación enriquecedoras. La vida local de la Iglesia no puede existir aislada –aunque al reaccionar ante las circunstancias locales, la Iglesia local queda informada, capacitada y apoyada por otras localidades y puntos de encuentro dentro de esa red más amplia de relaciones que es la Iglesia.

La catolicidad se mantiene viva gracias al envío y recepción de noticias; gracias a que se comparten recursos y modelos de actuación; gracias a que la gente visita otros sitios –como huéspedes y amigos, o en intercambios más formales de personal–; gracias a la inclusión de otras perspectivas en el diálogo, la toma de decisiones y la planificación, suscitando una conciencia que provoca actos de defensa y solidaridad.

La catolicidad también tiene que ver con la autenticidad, con el hecho de que la Iglesia sea auténtica con respecto a su llamamiento en la práctica, donde quiera que esté. La *ortopraxis* (acción correcta) queda así estrechamente aliada con el testimonio de *ortodoxia* (creencia correcta). La Iglesia local

es la presencia vital que permite el compromiso con la realidad de las vidas y luchas de las personas y las comunidades.

Relación pobreza y ciudad

A la vista de esta reflexión, me parece necesario abundar en la relación entre pobreza y ciudad, que está siendo objeto de especial preocupación en los ámbitos europeos. De hecho desde la Comisión de la Unión Europea se ha lanzado la siguiente llamada de atención: “Las áreas urbanas son el escenario de múltiples formas de discriminación. En las ciudades, la introducción de medidas contra la discriminación puede tener una gran repercusión, aparte de un valor demostrativo. La elevada incidencia y la concentración de la exclusión y de la pobreza en muchas ciudades constituyen un campo abierto para la cooperación entre los Estados miembros sobre las políticas y medidas destinadas a fomentar la integración en un contexto urbano”. “Hoy (...) es el entramado urbano, la ciudad, lo que opera la transcripción espacial de las nuevas fracturas sociales”.

Este es uno de los nudos gordianos más importantes de la pobreza hoy. A la hora de analizar la pobreza urbana, se suelen señalar una serie de características de la pobreza en nuestras sociedades cada vez más urbanas, e incluso de ‘ubicaciones’ de esa pobreza: los barrios, los enclaves, las áreas, las zonas vulnerables y excluidas en las que preferentemente se producen los fenómenos de precariedad.

Es necesario, por ello, analizar y entender la pobreza teniendo en cuenta la crisis y la quiebra de lo que ha sido la ciudad como ámbito por excelencia de la solidaridad comunitaria y del vínculo social. La ciudad no es un simple continente de personas y cosas, es un ámbito social. Y como tal recrea las relaciones que la componen, por lo que hacer frente a uno de sus elementos, como pueden ser las situaciones de exclusión, o la conflictividad social, o cualquier otro, sin tener en cuenta ni hacer relación a los demás, es quedar atrapado en la impotencia.

La investigación impulsada hace unos años por Cáritas sobre 'Las condiciones de vida de la población bajo el umbral de la pobreza' manifiesta formas de vida excluidas con presencias más cualificadas en las zonas urbanas. Esta simple constatación nos llevó a plantearnos la cuestión de la pobreza urbana como uno de los aspectos en que la pobreza más ha cambiado.

Para ello partimos de una primera constatación: a medida que el hábitat pierde las características de lo rural, es mayor la intensidad y gravedad de la pobreza. Es decir, aun existiendo mayor porcentaje de hogares bajo el umbral de la pobreza en los territorios rurales, sin embargo la pobreza más grave (la pobreza severa) tiene una presencia mayor en las zonas urbanas. La pobreza de los pobres urbanos es de mayor intensidad; son más pobres los pobres urbanos que los residentes en hábitats rurales.

Una segunda constatación nos dice que tiene distintos rasgos característicos:

- la pobreza es más joven, tanto por la media de edad como por el % de niños y de jóvenes; o sea, la pobreza urbana es joven;
- además es una población con altos porcentajes de fracaso educativo (por el alto porcentaje de analfabetismo);
- y tiene una menor incorporación laboral;
- una mayor presencia de problemas de marginalidad, en especial, de droga – alcohol.

En definitiva, su nivel de mal-estar, o sea, de problemas asociados a la carencia económica, es mayor que el de la media de la población pobre.

Algunos barrios en los que se acumulan estos procesos de desestructuración urbana, acaban convirtiéndose en enclaves desconectados socialmente del conjunto de la ciudad y van perdiendo su tradicional función de ser un "lugar social", para convertirse en un lugar de exclusión (de otros usos, de gente con renta diferente, etc.). La ciudad, mientras tanto, se va vaciando de contenido: las relaciones vecinales, la regulación de comportamientos por conocimiento y afectividad, la identidad con el espacio, las probabilidades de contacto que ofrece el espacio público, etc., se van diluyendo. Los barrios, que son el terreno de juego donde se hace cotidiana la esencia de la ciudad, se eclipsan. La ciudad en estas condiciones deja de ser ciudad y se convierte en asentamiento urbano, apreciándose en algunas periferias y partes del centro de nuestra ciudad un aumento de la inestabilidad social, que se manifiesta en forma de inseguridad, delincuencia y marginación.

Principios de acción

De todo ello parece entenderse que la escala urbana básica de actuación, desde donde se deben proponer y diseñar los programas encaminados a revertir el proceso de degradación, es el barrio. Sin embargo, y salvo contadas excepciones, la actuación sigue sin plantearse desde esta escala.

Es necesario, por ello, sentar bien las bases y los principios de la intervención social, así como del marco en que debe desarrollarse nuestras acciones para poder hacer frente a los desafíos de la dimensión territorial de la pobreza en el medio urbano.

El punto de partida lo constituye la finalidad de la acción frente a la pobreza, considerada desde el concepto de exclusión y que implica nuevos componentes. Debe tener el componente de Protección, pues se trata de actuar ante situaciones en que no se dan las condiciones de ejercicio de los derechos básicos; de Promoción, pues el carácter multidimensional de las condiciones de vida de estas poblaciones las incapacita, las hace dependientes y pasivas; y de Desarrollo, pues hay que revertir el signo de los procesos que generan los riesgos de exclusión, de dejar fuera y al margen a las poblaciones con escasos recursos económicos, sociales y culturales.

Por otra parte, desde Cáritas intentamos intervenir de acuerdo a unos principios de acción que nos permitan conseguir esas finalidades, y que son:

1. El carácter multidimensional de los procesos por los que las personas, grupos e incluso territorios urbanos o rurales son excluidos de la

participación en los intercambios, las prácticas y los derechos sociales que conforman la integración económica y social;

2. La asociación, pues es a nivel local donde se hace efectiva la acción frente a la dimensión múltiple de la exclusión, que requiere una corresponsabilidad de los agentes interesados para garantizar el éxito del conjunto de la acción realizada; y

3. La participación, derivada de la evidencia de que la exclusión social significa también la dependencia, incluso la pasividad, frente a las instituciones y las decisiones adoptadas por los demás. La implicación de las poblaciones afectadas en un proceso de integración es, a la vez una condición, y una expresión de su éxito.

Dicho esto, una acción acorde a las dimensiones que la pobreza adopta en las zonas urbanas, no puede ser una acción simple o unidireccional, sino compleja y que integre la diversidad de aspectos que la componen. Y, entre ellos, la interconexión de las relaciones entre las características de las poblaciones y las de los propios hábitats.

No se trata sólo de afirmar unos objetivos genéricos, como son fomentar la igualdad de oportunidades y la integración socioeconómica, mejorar las condiciones de vida y laborales de las personas de renta más baja o apoyar la regeneración de áreas urbanas con dificultades, sino que es necesario afrontar estos objetivos integrando en la actuación sobre ellos medidas dirigidas al propio entorno físico y, sobre todo, a “fortalecer de forma integrada las capacidades locales para responder a las necesidades específicas y al potencial de las comunidades en las zonas y barrios urbanos deprimidos”.

El futuro urbano, un proyecto social, no individual

En este punto me parece útil insistir en el diagnóstico de Davey, cuando asegura que “nuestro futuro común es demasiado importante para dejarlo en manos de los políticos, los economistas y los directivos de empresas globales. Tenemos que reafirmar, junto con nuestros vecinos, la necesidad de que el futuro urbano sea un proyecto social, no individual. Esto llevará aparejada una inversión en los signos de esperanza que encontramos en el presente: indicios de confianza construida en comunidades privadas de todo poder; atisbos de nuevos puentes, conexiones y redes que se están construyendo entre la gente, posibilitando la solidaridad; anuncios de cambio, a medida que se plantean preguntas incómodas sobre los presupuestos en que se basa el presente.

Los cristianos estamos llamados a participar en estos procesos como ciudadanos activos y como profetas. Para ello, se nos reclama una creatividad como parte del potencial que debemos liberar si se quiere que ese futuro sea reclamado, creído: una inventiva que se niegue a aceptar las visiones cotidianas de infierno en la tierra que aparecen en nuestras pantallas de televisión, que sea capaz de aprovechar la energía de las alianzas que se forjan, de las redes que se consolidan y de los espacios físicos que se hacen realidad.

Es en nuestros lugares urbanos donde deberá tener lugar este realineamiento. Tal vez no se trate tanto de resistir al futuro de ciencia-ficción de las películas como, más bien, de resistirse a los modos en que se moldean nuestros lugares urbanos de acuerdo con los grandes proyectos de expansión empresarial y de industrias culturales; de poner en tela de juicio los presupuestos desde los cuales se demonizan por fines políticos unos lugares y quienes los habitan; de oponerse a los lugares diseñados para excluir o deshumanizar; de negarse a aceptar la valoración de lugares en planes que colonizan áreas y suben tanto los precios que dejan a la gente sin «hogar».

Es en los lugares urbanos, en las líneas de fractura y en los callejones traseros de nuestra sociedad global donde la visión y prioridad de nuestras comunidades de fe ha de consistir en propiciar que la gracia florezca en la reconfiguración de nuestro espacio, nuestras relaciones y nuestro entorno en pro de la justicia, y les infunda el poder creador de la esperanza.

Es decir, un momento decisivo en el tiempo, de juicio y de irrupción del nuevo orden de Dios.